SONETO

Con el milagro de la luz temprana,
que anuncia el lento despertar del día,
resurge el filo de la serranía
sobre el cristal azul de la mañana.

Tañe con alborozo una campana
en el sosiego de la lejanía.
Y un enjambre de trinos de alegría
se une al cantar con que la fuente mana.

El que es ahora débil sol naciente
será más tarde hoguera refulgente,
y arderá el mundo con su luz dorada.

Mas rodarán las horas lentamente,
la noche volverá tras el poniente,
y luz y mundo serán sombra y nada.

ARTURO BENET

RECUERDOS

ROMANCILLO DEL INFANTE MUERTO

Por Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros y de San Miguel, de la Real Academia de la Historia.

Las lises en su escudo,
bajo corona Real;
iba en su nombre, Alfonso,
regia sonoridad;
se llamaba Borbón,
Battemberg y Orleáns...
Cien reyes le tejían
estirpe inmemorial;
era Infante de España
y soñaba en el mar...
Sus quince primaveras
—¡rosas en un rosal!—
florecían en risa,
alegría y bondad.
Bajo el cielo y el sol
de España y Portugal,
iba sembrando gracia
su alegre mocedad,
con la luz en los ojos
y en los labios la sal...

Las gentes comentaban,
mirándole pasar:
—Es como Alfonso trece,
su abuelo tan cordial
y castizo.
—Recuerda
a su padre, Don Juan...
¡Qué gracejo en los dichos!
¡Qué alegre en el mirar!
¡Qué sol de Andalucía,
qué leve austeridad
de Castilla, le daban
garbo y raza a la par!

¡Tarde de Jueves Santo,
de agonía mortal,
de evocación divina,
de doliente ansiedad!
Las quince primaveras,
las rosas del rosal,
las tronchó aquella tarde

el furioso huracán,
en la verde ribera
del dulce Portugal...
Como en nuevo Calvario
—dolor y majestad
de realeza vencida—,
lloran María y Juan,
junto al mozo que duerme
sueño de eternidad...
Se quedaron sin hijo
y sin luz el hogar
y España sin Infante
y marzo sin afán
y el mundo sin sonrisa
y sin novio la mar...
Cien reyes de su estirpe,
sobre la claridad
de las estrellas, forman
el cortejo triunfal...
Tierra española y flores
de España, cubren ya
su cuerpo, en el regazo
del verde Portugal,
y en los cielos azules,
los ecos de un cantar
evangélico, anuncian
la aurora de su paz...
¡Infantito de España,
relicario y fanal
de una sangre gloriosa,
de una Historia sin par!
¡Ay, de tus años mozos!
¡Ay, del limpio cristal
de tu risa! ¡Ay, del brillo
de tu claro mirar!

Se llamaba Borbón,
Battemberg y Orleáns;
era su nombre Alfonso,
viejo nombre Real...
Quince rosas tronchadas
por el fiero huracán,
nos cantan su recuerdo
a la orilla del mar...

«ECCE ANCILLA DÓMINI»

DULCE ES TU NOMBRE, MARÍA

He cogido en mis brazos al hijo que alegra mi vida
y he llamado quedito a la puerta de su alma dormida.

¡Cuántas veces después dulcemente llamé con empeño,
despertando la idea de Dios en el hijo pequeño!
Sus chiquitas y cálidas manos junté con ternura
y una ingenua oración de sus labios brotó lenta y pura.
Y le hablé con amor de aquel Niño nacido entre hielos
que además de ser niño como él ¡era el Rey de los Cielos!
·Niño y Dios! ¡Oh portento de amor hacia el hombre perdido!
por salvarle, a sufrir con el hombre su Dios ha venido.
Y este Dios tan chiquito, entre pajas ¡qué frío sentía!
mas le daba calor en su pecho la Virgen María.
¡Con qué unción, oh Señora, pronuncia mi lengua tu nombre!
¡A la par que eres Madre de Dios eres Madre del hombre!

He cogido en mis brazos al hijo que alegra mi vida
y he llamado quedito a la puerta de su alma dormida.

¡Cuán ajeno estará de las penas que acechan su suerte!
No conoce del mundo los males ni ha visto a la muerte.
Nada sabe de injustas palabras; del pérfido amigo;
del dolor que la odiosa calumnia trae siempre consigo.
Al correr de los años fugaces sabrá que en la tierra
hay un mal de los males que todos llamamos ¡la guerra!
Pero tú eres la paz madre mía y a ti le confío.